Una cofradía puede sacar de sus fondos una limosna; otra vestir á un niño pobre que se haya hecho acreedor á este premio por su aplicación y buena conducta; otra adoptar un huérfano; otra añadir á su reglamento un artículo en que se obliguen sus individuos á asistir á los enfermos de alguna gravedad, etc., etc. ¡Es tan fácil hacer bien cuando son muchos los que quieren hacerle!

¿El Ministro de Dios estará en alguna parte mejor que procurando curar las enfermedades del cuerpo y las del alma, en el hospital y en la cárcel? ¿La esposa del Señor no se hallará dignamente ocupada cuidando al niño cuya madre le abandona por la necesidad de ganar el sustento, ó enseñando á la niña cuyos padres no pueden pagar otra maestra? ¿Cuál será más acepto á los ojos de Dios: hacer hilas para los hospitales, camisas para los pobres, una obra cualquiera que vendida tenga un valor que pueda convertirse en limosna, ú ocuparse en esas caprichosas fruslerías que para nada valen, exigen tan trabajosa prolijidad, y revelan, á la vez, la sobra de tiempo y la falta de dirección en el modo de emplearlo? No nos parece dudosa la respuesta, ni alcanzamos qué objeción seria

puede hacerse á una innovación que, lejos de ser una novedad, es el restablecimiento de las prácticas de la primitiva Iglesia y la realización del espíritu del Evangelio.

Las corporaciones y asociaciones religiosas podían ser un poderoso auxiliar para la Beneficencia. No hay estímulo más fuerte para hacer bien á los hombres que el amor de Dios. Además, aun cuando el que vive en el mundo tenga la voluntad de dedicarse á socorrer á los desvalidos, no tiene la posibilidad. Como padre, como esposo, como ciudadano, tiene deberes que le roban la mayor parte de su tiempo. La caridad es un sublime episodio en el hombre de mundo, pero un episodio nada más, mientras que para el que ha renunciado al siglo puede ser la vida entera.

III.

Publicidad en todo lo concerniente al ramo de Beneficencia.

Sin publicidad en el ramo de Beneficencia, falta el poderoso eco de la opinión pública para alentar el bien y reprobar el mal que se intenta ó se consuma. La abnegación de la virtud y la perversidad del crimen mueren ignorados

en el vacío del silencio, como un sonido que carece de aire para propagarse. Los pensamientos mal formulados no se completan, los útiles no se generalizan; ningún apoyo á los esfuerzos del buen deseo, ninguna recompensa á los servicios de la bondad. La prensa nos refiere minuciosamente los detalles de todos los crímenes; por repugnante que sea el cuadro, se presenta á la vista del público, sin que á nadie le ocurra echar sobre él un púdico velo; las buenas acciones quedan ignoradas, y tanto más, cuanto las personas caritativas siguen el precepto del Salvador: *No sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha.* El crimen tiene sus historiógrafos, sus pintores y hasta sus poetas; la virtud no halla más eco que el corazón del mísero que consuela en la tierra, y Dios, que la ve desde el cielo. Basta para ella; mas no para la sociedad, que no puede contemplar el saludable espectáculo de sus santos ejemplos; no para la sociedad, que se habitúa á la injusticia, negando el tributo de su respeto á los seres que á él tienen más derecho; no para la sociedad, que adquiere el hábito de la indiferencia del bien, mil veces más terrible que la práctica del mal; no para la sociedad, que se priva de los saludables esfuerzos del mayor número de personas compasivas, porque no á todos es dada la alta perfección de hacer el bien por el bien mismo y sin más recompensa que la que se halla en el propio corazón.

La publicidad es el único medio de que se forme opinión pública en materia de Beneficencia; el único de que se generalicen ciertas ideas elementales, ciertas nociones útiles; el único de que se extienda el conocimiento de lo que pasa en los asilos piadosos, cuál es y cuál debería ser su estado, cuáles los abusos que en ellos se cometen, los auxiliares que tienen, los que necesitan; y el único, en fin, de destruir en la masa del público esa fatal indiferencia, que abre un abismo entre el necesitado y el que puede socorrerle, entre el malvado y el que debe castigarle. Con las asociaciones filantrópicas, convenientemente organizadas, y la publicidad, serían imposibles los abusos que hemos señalado. Las asociaciones formarían una especie de trama, que cubriría la nación entera; la publicidad sería á la vez un eco y un faro. Tomad la lista de los periódicos que se publican; en la prensa, bien ó mal, todo está representado, todo, menos la caridad y el dolor. Tomad un periódico y recorred sus diferentes secciones. No

falta espacio para discutir gravemente el mérito de las bailarinas y de las cantatrices, de los prestidigitadores y de los toreros. La impertinente chismografía, las puerilidades de la moda, los escándalos del vicio, los horrores del crimen, hallan su lugar correspondiente. ¿Y la Beneficencia? ¿Y la Caridad? En vano buscaréis alguna prueba de que existen. De cuando en cuando, el número de los que han entrado ó salido en el hospital, el anuncio de una rifa cuyo producto debe aplicarse á los asilos piadosos, y nada más. ¿Á quién dirigir un cargo por este silencio? Cuando la culpa es de todos, la culpa no es de nadie. La cuestión nos parece menos de averiguar de dónde viene el mal, que de comprender toda su extensión y ponerle remedio.

El mal es grave: este silencio, este desvío, esta indiferencia que escuda al perverso y desalienta al bueno; esta falta de conocimientos; este aislamiento en que se halla el hombre de buena voluntad, desaparecerían, con todas sus tristes consecuencias, sin más que la Beneficencia, la caridad y la filantropía estuviesen dignamente representadas en la prensa. Donde quiera que volvemos la vista, hallamos hechos que comprueban esta verdad. Durante la última invasión

del cólera, el Ayuntamiento de D... recibió una cantidad en metálico, limosna de S. M. la Reina, con destino á los enfermos pobres, y con la cual se cubrieron ciertos desfalcos de procedencia poco honrada. El hospital más cercano estaba á *tres* jornadas, y los desdichados enfermos sucumbían sin auxilio, en medio de una miseria de que sólo puede tener idea el que sepa cómo vive nuestra población rural. Entretanto, los fondos que hubieran bastado para acudir á las necesidades más apremiantes, se destinaban, como hemos dicho, á cubrir ciertas *atenciones* que no podían figurar en el presupuesto. «¿Cómo no reclamó usted? le decíamos al sacerdote que indignado nos refería el hecho inhumano, escandaloso. ¿No era usted individuo de la Junta de Beneficencia?—Reclamé, nos contestó, pero no se atendieron mis razones. Me ocurrió quejarme á la autoridad; ¿pero cómo iba á luchar *yo solo* con una corporación? En la prensa no conocía á nadie, y los periódicos no se ocupan en estas cosas. En la capital tampoco tenía relaciones, y el diputado provincial y el diputado á Cortes hubieran sostenido al Ayuntamiento, que había contribuído mucho á su elección, etc., etc.»

Este digno sacerdote, sin nombrarlas, seña-

laba la asociación y la publicidad como necesarias para luchar contra la perversidad y el fraude, de que el desdichado es víctima tantas veces. En efecto, ¿cómo un hombre solo, aislado, y cuya voz no resuena en ninguna parte, ha de hacer frente á la maldad, á la ignorancia, á la apatía, al hábito del desorden y de los abusos?

Con toda la importancia que hemos dado á las asociaciones filantrópicas, no creemos que sin publicidad produzcan la mitad de los beneficios que de ellas podían esperarse, ni que los resultados correspondan á sus generosos esfuerzos: se comprende. Luchan en la obscuridad, porque con el silencio está en tinieblas la inteligencia. La autoridad, el jefe del establecimiento *temería al periódico*, temería que se hiciera pública su apatía, su criminal tolerancia ó su complicidad en los abusos, y procuraría reformarlos; á la asociación desarmada no la teme; le dice la experiencia que por regla general no es bastante fuerte para obligarle á ser justo.

En comprobación de lo que vamos diciendo, citaremos algunos hechos, y los iremos á buscar allí donde por circunstancias particulares pongan la verdad más en relieve.

En Galicia hay asociaciones filantrópicas de

señoras; más, hay una viceprotectora de todos los establecimientos benéficos con carácter oficial, y que puede decirse hace las veces de S. M., que es la protectora de todos los de la nación; más, la viceprotectora es la Condesa de Espoz y Mina, es decir, una mujer que parece unir en alto grado la piedad de su sexo á la inteligencia y energía del otro; una mujer que vive en los establecimientos benéficos, que observa todos los abusos é intenta su remedio, sin que su número la desaliente, ni la retraiga el mal éxito de una tentativa para formar un nuevo plan; que une al prestigio de una alta posición y de un nombre ilustre, el de la virtud, del talento y del carácter; que, según dicen los que la conocen, es alternativamente, y conforme las circunstancias lo exigen, dulce, insinuante, firme, severa, y que todas estas ventajas y todos estos medios los consagra al consuelo de los desdichados y á mejorar la situación de los asilos benéficos. Á pesar de circunstancias tan excepcionales, el observador menos detenido nota abusos como los siguientes.

El grande y magnífico Hospital Real de Santiago no se halla á cargo de Hermanas de la Caridad, cuando están probadas de un modo evi-

dente las ventajas que de su asistencia resultan, tanto para el cuidado de los enfermos, como bajo el punto de vista económico. En el mismo establecimiento está la Inclusa, contra lo que la ley dispone, y siendo su gasto total 556.399 reales, importan los sueldos de los empleados 128.585.

En el Hospital de San Roque, de la misma ciudad, ascendiendo sus rentas á 52.000 reales, consumen los empleados 19.149.

Estas cifras se sirven á sí propias de comentario y no le necesitan.

En este mismo Hospital de San Roque, destinado exclusivamente á la curación de enfermedades sifilíticas, no se admiten enfermos más que tres meses al año, y apenas ingresarán en él las dos terceras partes de los que se presentan. Los demás son cruelmente despedidos, y van á propagar su horrible enfermedad, sucumbiendo antes de ser admitidos el año próximo, ó por lo menos agravándose de modo que la ciencia no puede evitar que queden valetudinarios para toda la vida. Por no haber sala de convalecencia, los enfermos salen tan débiles, que con frecuencia recaen y vuelven al hospital. El método curativo que allí se usa es el propio que se usaba

cuando se fundó el establecimiento (1577). Al que hace notar su extrañeza de que no se aprovechen los adelantos de la ciencia en todos los ramos, y muy particularmente en la enfermedad que allí se cura, se le contesta que las constituciones de la fundación prohiben introducir novedades, etc., etc.

Estas y otras cosas suceden donde hay asociaciones filantrópicas, presididas por una persona con carácter oficial y de una energía, una inteligencia y una perseverancia enteramente excepcionales. ¿Sucedería lo mismo si la prensa hiciese públicos estos abusos, clamando contra ellos uno y otro día? Seguramente que no. Debe notarse que en el ramo que nos ocupa la influencia de la publicidad sería más eficaz y poderosa que en ningún otro. Ni el lector está cegado por el espíritu de partido, que le impide comprender y apreciar la verdad, ni el escritor se ofusca por la misma causa, ni el abogar por el enfermo, el niño, el menesteroso puede allanarle el camino del poder ó de la gloria. La ambición busca para la lucha otro terreno más fecundo; éste es estéril para quien desea hallar el fruto fuera de su propio corazón. El hombre que escribe en una materia que no le propor-

ciona triunfos literarios ni políticos, el que escribe en *pro* de los que no le leerán siquiera, ni sabrán cómo se llama, ni comprenderán que les puede hacer bien con algunas palabras trazadas en un papel, este hombre no es llevado por ningún sentimiento interesado ni vil. Al tomar la pluma obedece á un impulso generoso; no desempeña un oficio ó una profesión; ejerce una especie de sacerdocio. Ungido del Señor con el óleo santo de la inteligencia, la pone al servicio de la virtud; es enérgico por necesidad, es incorruptible por naturaleza. Tales serán los representantes de la caridad en la prensa cuando llegue á tenerlos. ¿Será ilusión vana, ó cálculo razonable, esperar mucho de ellos?

Si se tratase de hacer mal, pediríamos millones, y los pediríamos muy alto, seguros, no sólo de no causar escándalo, sino de que nuestra voz hallaría eco; como se trata de hacer bien, seremos más parcos, y pediremos humildemente una limosna, como conviene á los defensores del necesitado.

Nos parece que no sería una pretensión exorbitante exigir que en los *Boletines oficiales* se destinase una sección para la Beneficencia. Esta sección, en que se publicarían los datos oficiales dignos de ver la luz pública, como gastos, ingresos, donaciones, etc., etc., debería estar en parte á disposición de las asociaciones filantrópicas, cuya junta central de provincia insertaría en ella lo que tuviera por conveniente: discusión de principios y sistemas; noticias de su aplicación; excitaciones al celo y á la caridad; publicidad y elogio de las acciones que de él son dignas; biografías de los bienhechores de la humanidad doliente y necesitada; resultados obtenidos y mejoras llevadas á cabo; abusos cometidos ó que pudieron corregirse, y todo, en fin, lo que mereciese fijar la atención pública ó pudiera ilustrar la opinión.

Esto en las provincias. En Madrid, si no pareciese exorbitante, nos atreveríamos á pedir un periódico oficial de Beneficencia costeado por el Estado, redactado gratis por personas competentes, y que desenvolviese en mayor escala la sección de Beneficencia de los *Boletines oficiales*. Si esto parece excesivo, nos atreveríamos á pedir que, si no había gran inconveniente en suprimir el *Folletín de la Gaceta*, la *Sección de Variedades* y los *artículos de teatro*, se dejase á disposición de la caridad el espacio que ocupan. También podría imponerse á todos los periódi-

cos la obligación de dejar una columna, media, lo que pareciese conveniente, á disposición de la caridad. Esto, que podría parecer oneroso, no lo es realmente. Lo primero, porque los sentimientos de humanidad son naturales en el hombre, y habría pocos directores de periódico que no se prestasen de buen grado, y ninguno que se atreviese á decirlo; lo segundo, porque, digan lo que quieran los periodistas de la *falta de espacio*, la verdad es que, por lo común, *sobra*, y no parecería muy duro que hubiera quien ayudase á llenarle de un modo cualquiera.

Dado el impulso, no faltarían pensadores, artistas, poetas que llevasen á los órganos de la caridad el tributo de sus meditaciones y de su genio. No faltarían ingenios que hiciesen sentir las dulces emociones de la virtud, en vez de las desgarradoras del crimen. No faltarían pinceles y plumas sombrías que, sin cambiar de naturaleza, diesen un giro útil á sus facultades, ofreciéndonos tantos tristes dramas como pasan inadvertidos en vez de excitar la compasión, tantas expiaciones no sospechadas del crimen, que se cree impune y dichoso. No faltaría, en fin, quien embelleciese la bondad, oponiendo la epopeya de la virtud á la epopeya del crimen.

Los periódicos órganos de la caridad serían bien pronto, no sólo un medio de ilustrarla y propagarla, sino un recurso pecuniario. Si se nos pregunta si tendrían suscriptores, responderemos resueltamente que sí, preguntando á nuestra vez con Rioja:

«¿Es, por ventura, menos poderosa
Que el vicio la virtud? ¿Es menos fuerte?
No la acuses de flaca y temerosa.»

IV.

Evitar hasta donde sea posible la aglomeración de los desvalidos.

El hombre, criatura eminentemente sociable, necesita del hombre, como complemento de sus grandes facultades y nobles instintos. Pero si la sociedad desarrolla todos los bellos gérmenes de su alma, la aglomeración los deprava, da pábulo á los malos, y viene á ser una causa permanente y poderosa de crimen y de desorden. La atmósfera moral, como la física, se vicia cuando la respiran muchos en un espacio limitado.

Es una ley moral que los perversos instintos